

En las suertes que nosotros mismos hemos dispuesto, balanceado y calculado; no podemos decir que ignoramos las causas de los efectos: es verdad que ignoramos la causa inmediata de cada efecto en particular; pero vemos claramente la causa primera y general de todos los efectos. Yo ignoro, por exemplo, y ni aun puedo imaginar de modo alguno, qual es la diferencia de los movimientos de la mano para exceder ó no exceder del número de diez jugando con tres dados, siendo así que la mano es la causa inmediata del suceso; pero veo evidentemente, por el número y puntos de los dados, que son aquí las causas primeras y generales, que las suertes son absolutamente iguales, y que es indiferente apostar que se excederá, ó que no se excederá de diez. Además veo, que estos mismos acontecimientos, quando se suceden, no tienen ningun enlace, pues á cada tirada de los dados la casualidad es siempre la misma, y sin embargo siempre es nueva: que la jugada anterior no puede tener ninguna influencia sobre la tirada que se la sigue: que se puede apostar siempre igualmente en pro y en contra; y finalmente que quanto mas dure el juego, tanto mas se acercará á la igualdad del número de los efectos en pro, y el de los efectos en contra; de suerte que en este asunto, cada experimento dá un producto enteramente opuesto al de los experimentos sobre los efectos naturales, esto es, la certeza de la inconstancia, en vez de la constancia de las causas. En estos cada experimento aumenta en razon dupla la probabilidad del regreso del efecto, esto es, la certeza de la constancia de la causa; y, por el contrario, en los efectos de la suerte, cada experimento aumenta la

certeza de la inconstancia de la causa, demostrándonos siempre mas y mas ser ésta absolutamente versátil, y totalmente indiferente para producir uno y otro de estos efectos.

Quando un juego de suerte es por su naturaleza perfectamente igual, el jugador no tiene ninguna razon para determinarse á éste ó aquel partido, pues de la igualdad que se supone en el juego, resulta necesariamente que no hay razones sólidas para preferir el un partido al otro; y, por consiguiente, si se deliberase, la determinacion, precisamente se habria de fundar en razones frívolas. Por esto la lógica de los jugadores me ha parecido totalmente viciosa, y aun los hombres de talento que se dexan llevar de la passion del juego, incurren, en calidad de jugadores, en absurdos de que presto se avergüenzan como hombres de razon.

Finalmente, todo esto supone que despues de haber balanceado las casualidades y haberlas igualado, como en el juego del *Pasa-diez* con tres dados, estos mismos dados, que son los instrumentos de la casualidad, tengan toda la perfeccion posible; esto es, que sean perfectamente cúbicos, que su materia sea homogénea, y que los puntos estén pintados en ellos, y no señalados en hueco, para que un lado del dado no pese mas que otro; pero como no se ha concedido al hombre hacer nada perfecto, y además no hay dados trabajados con esta rigurosa exactitud, es posible á veces reconocer por la observacion á qué lado la imperfeccion de los instrumentos de la suerte hace inclinar la casualidad. Para esto solo se necesita observar atentamente y por mucho tiempo la serie de los sucesos, contarlos con exactitud, y comparar sus números relativos; y



si de estos dos números el uno excede con mucho al otro, se podrá inferir de ello con gran razon, que la imperfeccion de los instrumentos de la suerte destruye la igualdad perfecta de la casualidad, y la da realmente una inclinacion mas fuerte á un lado que á otro. Supongo, por exemplo, que ántes de ponerse á jugar al *Pasa-diez*, uno de los jugadores fuese tan astuto, ó, por hablar con mas propiedad, tan fullero, que hubiese anticipadamente tirado mil veces los tres dados de que se han de servir, y reconocido que de estas mil experiencias las seiscientas han pasado de diez: este jugador tendrá desde luego una gran ventaja contra su adversario apostando á pasar de diez, pues por la experiencia, la probabilidad de pasar de diez, con aquellos mismos dados, será á la probabilidad de no pasar de diez: 600:400:3:2. Esta diferencia, que proviene de la imperfeccion de los instrumentos, puede por consiguiente conocerse por medio de la observacion, y por esto los jugadores suelen mudar de naypes y de dados quando no les favorece la fortuna.

De este modo, por oscuros que sean los destinos, y por impenetrable que nos parezca lo por venir, pudieramos no obstante en algunos casos, y por medio de reiteradas experiencias, llegar á tener tanta noticia de los acontecimientos futuros, como la tendrían unos entes, ó, por mejor decir, unas naturalezas superiores que deduxesen inmediatamente los efectos de sus causas. Aun en las mismas cosas que parece son de pura suerte, como los juegos y las loterías, se puede tambien conocer la propension de la casualidad. Por exemplo, en una lotería que sale cada quince dias, y de la qual se publican los números que ganan, si se observa quales son los

que han ganado con mas frecuencia en uno, dos ó tres años consecutivos, se podrá inferir con razon que estos mismos números ganarán todavía con mas frecuencia que los otros; porque de qualquier modo que se varíe el movimiento y la posición de los instrumentos de la suerte, es imposible hacerlo con la perfeccion necesaria para conservar la igualdad absoluta de la casualidad. En hacer, colocar y mezclar los villetes hay cierta rutina, la qual en el seno mismo de la confusion produce cierto orden, y es causa de que ciertos villetes deban salir con mas frecuencia que otros. Lo mismo sucede en la disposicion de los naypes. Estos tienen una especie de serie, de la qual se pueden conocer algunos términos á fuerza de observacion, pues juntándolos en la fábrica, se sigue cierta rutina: el mismo jugador tiene su rutina para barajarlos; y todo ello se hace de un cierto modo con mas frecuencia que de otro; en cuyo supuesto el observador atento á un gran número de resultados, apostará siempre con ventaja que tal naype, por exemplo, seguirá á tal otro naype. Digo que este observador tendrá una gran ventaja, porque debiendo ser las casualidades absolutamente iguales, la menor desigualdad, esto es, el menor grado de probabilidad que haya de mas, tiene muy grande influencia en el juego, el qual no es en sí mismo mas que una apuesta multiplicada y repetida siempre. Si esta diferencia, reconocida por la experiencia de la inclinacion de la casualidad, fuese solamente de un centésimo, es evidente que en cien apuestas el observador ganaria lo que hubiese apostado, esto es, la cantidad que aventura á cada vez; de suerte, que un jugador armado de estas observaciones ilícitas, no